

TRADUCCION

LA MUERTE DE UN CONSAGRADO

Ryunosuke Akutagawa

(introducción, notas y traducción de Atsuko Tanabe)

En la historia del Japón el periodo entre 1549 y 1639 se llama *Kirishitan-dyidai* (Epoca cristiana), en el curso del cual la religión católica se difundió ampliamente por el archipiélago nipón. Durante cerca de cien años, hasta que la religión católica fuera prohibida severamente por el gobierno feudal del Japón en 1639, una irrupción de la cultura europea (primero, española y portuguesa; luego inglesa y holandesa) influyó en algunos aspectos de la sociedad. Una de las actividades desarrolladas por los misioneros católicos fue la impresión de diccionarios y libros de doctrina cristiana; se tradujeron libros tales como: *Guía de pecadores*, *De Imitatione Christi*, y *Leyenda áurea*.

Ryunosuke Akutagawa (1892-1927), famoso cuentista japonés, escribió una docena de relatos con temas de esta época

cristiana del Japón. *La muerte de un consagrado* que aquí se presenta, la escribió a base de una de las leyendas aparecidas en la *Leyenda áurea*. Sin embargo, según Akutagawa, los padres cristianos las escribieron pensando directamente en los creyentes de esa tierra para que sus ideas impresionaran con mayor facilidad la mentalidad japonesa; naturalmente, la *Leyenda áurea* publicada por la Compañía de Jesús de Nagasaki no es la misma que la publicada en Europa. En el original japonés de este cuento Akutagawa aplicó el estilo narrativo de un anciano en el lenguaje antiguo del Japón. Otros dos de sus relatos, *Sonrisa de las deidades* y *El tabaco y el diablo* ya han sido traducidos al español y publicados en revistas en México.¹

LA MUERTE DE UN CONSAGRADO

En tiempos pasados, en una *ekereshiya* (iglesia) llamada *Santaruchiya* (Santa Lucía) de la ciudad de Nagasaki en el Ja-

pon, había un muchacho oriundo de ese país cuyo nombre era *Rorenzo* (Lorenzo). Este, en una noche de Navidad, se

¹ *Sonrisa de las deidades* en *Metamorfosis*, Epoca II, Chihuahua, 1970, pp. 33-45.

El diablo y el tabaco en *Revista de la Universidad de México*, núm. de agosto, UNAM, 1971, pp. 22-24.

encontraba tirado en el suelo con hambre y fatiga; uno de los creyentes que venían al templo lo cuidaba. Se decía que un padre cristiano de esa iglesia tuvo misericordia de él y lo crió en el seno de la iglesia. Sin embargo, quién sabe por qué, cuando la gente le preguntaba sobre sus antecedentes, siempre solía contestar sonriendo levemente:

—Mi tierra natal es el *jaraiso* (Paraíso) y el nombre de mi padre es *deusu* (Dios).

Y nunca quería aclarar la verdad. A pesar de ello, al ver el rosario de *kontatsu* (cuentas) azules colgado en su muñeca, podía suponerse todo menos que fuera hijo de padres herejes. Al menos el padre y los *iruman* (hermanos) no sospechaban ni por asomo que ese muchacho pudiera ser un hereje y lo protegieron con gran cariño. Por joven que fuera, los *superiores* (superiores) lo admiraban por su sólida convicción y rumoraban que ese Lorenzo era reencarnación de un ángel celestial. Así que toda la gente quería sinceramente a ese muchacho de quien no se sabía dónde hubiera nacido ni de quién fuera hijo.

Además aquel muchacho tenía un rostro tan divino como una joya, y una voz tan tierna como la de una mujer; probablemente esto le atrajo más la devoción de todos. En particular, de uno de los hermanos de la región, llamado *Simeon* (Simón) que lo quería como si se tratara de su propio hermano menor; y siempre se les veía tomados de la mano cuando salían de la iglesia. Este Simón era originario de una familia vasalla que había servido a un señor feudal y que sobresalía en el arte de las lanzas. Como tenía un cuerpo corpulento y una fortaleza innata, no fueron pocas las veces que había protegido al padre cristiano de los *zencho* (gentiles), que le tiraban ladrillos y piedras en la calle. Cuando los dos platicaban afectuosamente, la escena era, por así decirlo, como si una paloma intimara con un águila feroz. O bien, digamos, que era como la enredadera florecida de la vid enroscada a un ciprés en la montaña de *rebanon* (Líbano).

Transcurrieron tres años hasta que Lorenzo cumpliera la edad de *guenpuku*.¹ Pues, bien, por ese entonces surgió un rumor oscuro: que la hija de un paraguero

que vivía en un pueblo cercano a la iglesia de Santa Lucía, intimaba con Lorenzo. Siendo el anciano comerciante creyente de la religión de Dios, su hija tenía también costumbre de venir a la iglesia. Mientras rezaba, la mirada de la muchacha perseguía de continuo a Lorenzo, quien llevaba el incensario. Además, siempre que venía a la iglesia se peinaba con elegancia y solía guiñarle a aquél con coquetería. Naturalmente que esto llamó la atención de los demás feligreses; algunos decían que la muchacha había pisado el pie de Lorenzo al pasar éste a su lado; otros insistían en que los habían visto claramente intercambiando cartas de amor.

Quizás el padre cristiano también consideraba que aquello era un problema grave. Un día llamó a Lorenzo a su lado y le preguntó gentilmente, masticando su blanca barba:

—He oído el rumor de que estás enamorado de la hija del paraguero. ¿Es verdad, o no?

Lorenzo, sacudiendo la cabeza con tristeza, sólo contestó:

—Yo no sé nada de eso.

Y repitió varias veces la misma réplica entre lloros. Por eso el padre se resignó y pensó que el muchacho, poseedor de una profunda convicción religiosa, no mentía.

Por lo pronto el padre dejó de sospechar; pero los rumores entre los creyentes que venían a Santa Lucía no cesaban. Así que Simón, que profundizaba su amistad con Lorenzo como si fuera su hermano mayor, era el más preocupado de todos. En un principio la mera discusión sobre asunto tan lascivo le provocaba vergüenza; no solamente le repugnaba interrogar a Lorenzo sobre ello, sino que ni siquiera podía mirar su rostro con tal pensamiento. Un día Simón recogió en el jardín trasero de Santa Lucía una carta de amor dirigida por la joven a Lorenzo; se la mostró a éste, quien se encontraba en un cuarto solitario, y le interrogó de varias maneras, amenazándolo y persuadiéndole alternativamente. Sin embargo, Lorenzo se limitó a responder con su hermosa cara sonrojada:

—Parece que la chica está enamorada de mí, pero yo ni siquiera he llegado a conversar con ella. Solamente he recibido la carta. Simón lo acosó recordando los

¹ *Guenpuku*: En la antigüedad, existía un ritual en que los jóvenes se vestían y se ponían gorro especialmente para celebrar su acceso a la edad adulta.

rumores de la gente. Entonces Lorenzo le contestó mirándole con ojos tristes y acusadores:

—Hasta a ti te parezco una persona mentirosa, ¿verdad?

Y salió huyendo del cuarto como una golondrina. Al oír aquello, Simón se sintió avergonzado de sus sospechas. Iba a alejarse del cuarto con desánimo, cuando Lorenzo regresó corriendo, se arrojó sobre él, abrazándose a su cuello, y le murmuró jadeante:

—Fui culpable. Perdóname. . .

Simón se sintió incapaz de pronunciar una sola palabra. Lorenzo abrió los brazos como para empujarle a un lado —quizá para ocultar su cara mojada con lágrimas— y volvió a irse corriendo por donde había venido.

Sin embargo, Simón no tenía manera de saber por qué le había dicho: “Perdóname. . .” ¿Lo había dicho para pedir perdón porque había fornicado con la muchacha, o porque lo había tratado a él con frialdad?

Poco después la hija del paraguero quedó embarazada. Se decía que ella confesó claramente frente a su propio padre que el papá del bebé en su vientre era Lorenzo, el de Santa Lucía. El anciano padre se enojó sobremanera y de inmediato vino a quejarse al padre cristiano. Ante esta situación, a Lorenzo no le quedó modo de excusarse. Ese mismo día, de acuerdo con el resultado de una junta celebrada entre el padre cristiano y los hermanos, el muchacho fue excomulgado. Claro está que ser excomulgado significa quedar expulsado de la iglesia; era evidente que Lorenzo iba a tener dificultades para conseguir su diario alimento. Pero si permitían que tal pecado recayera sobre Santa Lucía, profanarían la *guroriya* (gloria) de Dios; por eso hasta la gente que seguía queriendo a Lorenzo se vio obligada a correrle incluso tragándose sus lágrimas.

El destino más penoso era el de Simón, quien lo quería como hermano. Su ira por haber sido traicionado era más fuerte y dolorosa que su lamentación por la expulsión de Lorenzo. Cuando el pobre muchacho salía entristecido por la puerta del templo, Simón le golpeó duramente en la hermosa cara. Ante su fuerza extraordinaria, Lorenzo no pudo evitar el caerse;

en seguida se levantó, y alzando el rostro al cielo, con lágrimas en los ojos, dijo con voz temblorosa:

—Mi Señor, perdónalo, porque no sabe lo que está haciendo.

Simón se desalentó con estas palabras. Durante un rato estuvo golpeando el aire con los puños, parado de pie junto a la puerta hasta que los demás hermanos lograron apaciguarlo. Con la cara triste como el cielo tempestuoso a punto de estallar, se despidió de Lorenzo con miradas desesperadas. Uno de los creyentes, testigo de la escena, la describió así: en ese momento, sobre la cabeza de Lorenzo, que iba saliendo cabizbajo, la corona solar, meciéndose en el viento fuerte, se ponía en el cielo occidental de Nagasaki; así que la tierna figura de aquel muchacho se veía como si estuviera parada por un momento en medio del cielo en llamas.

Desde entonces Lorenzo se convirtió en un mendigo miserable, que vivía en una choza de parias a la orilla de la ciudad, en contraste con aquellos tiempos en que llevaba el incensario en la iglesia de Santa Lucía. Sus antecedentes eran los de un creyente de la religión de Dios, aborrecida por los gentiles tanto como un *etori*,² de modo que, ocasionalmente, cuando pasaba por la calle, los niños maliciosos no sólo le escarnecían sino que le pegaban con palos y piedras. También he oído que una vez, al enfermar de una epidemia febril que se extendió por toda la ciudad de Nagasaki, permaneció tirado en la calle, agonizante, por siete días y siete noches. Sin embargo, la Providencia infinita y profunda no solamente protegió la vida de Lorenzo en toda ocasión, sino que cuando no recibía limosna de dinero ni arroz, le beneficiaba con frutas silvestres del monte y con mariscos del mar para que no le faltasen alimentos diarios. Por eso Lorenzo nunca abandonó la costumbre de rezar cada mañana y cada noche como lo había hecho en Santa Lucía; y nunca cambiaba el color aquel de las cuentas de su rosario.

No. No se trata solamente de eso. Cada noche, pisando la luz lunar, al calmarse el bullicio de la ciudad, el muchacho salía a escondidas de su choza de mendigo para

² *Etori*: La casta (paria) del Japón que se dedicaba principalmente en la profesión de funeraria y del tratamiento de animales cuadrúpedos. La pronunciación moderna de esta palabra es *eta*.

ir a rezar en Santa Lucía, donde había vivido bajo la protección de Nuestro Señor Jesucristo. Sin embargo, aun entre los feligreses que venían a la iglesia, ya no había nadie que le hiciera caso, ni le tuviera compasión. Ni siquiera el padre cristiano. Desde su expulsión de la iglesia, era natural que la gente creyera que era un muchacho condenado por su conducta impúdica; y ¿cómo podían saber que seguía siendo tan devoto que venía a la iglesia a rezar a solas cada noche? Por tratarse de alguna providencia infinita de Dios, no había otra solución; pero para Lorenzo aquello era un destino demasiado implacable y triste.

Tratando ahora de la muchacha. Poco después de que Lorenzo fuera excomulgado, dio a luz prematuramente a una nena. Hasta su padre, anciano riguroso, parecía estar feliz al ver la cara de su primera nieta; decían que la criaba con mucho cuidado y ayudaba a su hija. Abrazaba a la criatura y a veces le regalaba muñecas y juguetes. No era de extrañarse, siendo su propia nieta. Pero lo curioso era la actitud del hermano Simón. Aquel hombre macizo, capaz de derribar hasta a los demonios, en cuanto la muchacha tuvo la nena, visitaba al anciano y acariciaba a la criatura con sus toscas manos. Parecía suspirar por la figura tierna y frágil de Lorenzo, a quien amaba como si fuera su propio hermano, con lágrimas que daban a sus ojos una expresión amarga. Sólo que la muchacha estaba triste de que Lorenzo no apareciera una sola vez desde que fuera expulsado de Santa Lucía; por eso parecía que le desagradaban las visitas de Simón.

Un refrán de este país dice: "Para los tiempos que transcurren, no existen guardias de frontera." De manera que transcurrió otro año como un parpadeo. Aconteció una catástrofe inesperada: el gran incendio que en una sola noche quemó casi la mitad de la ciudad de Nagasaki. En verdad, el terror del espectáculo nos dio un escalofrío tan terrible como si ya resonara el sonido de trompeta del último juicio en el fuego resplandeciente del cielo. Desgraciadamente la casa del anciano paraguero se encontraba al sotavento, y fue presa de las llamas en un instante. Sólo después que toda la familia, turbada, logró escapar, se percataron de la ausencia de la nena. Seguramente la habían dejado acostada en un cuarto y en la huida la habían olvidado. El anciano gritaba y pataleaba; la muchacha trataba de resca-

tar a su hijita, dispuesta a echarse al fuego si nadie se lo impedía. Pero el aire agitaba cada vez más las llamas y las ardientes lenguas de fuego parecían chamuscar hasta las estrellas del cielo. Las gentes que se juntaron para apagar el fuego no hacían más que alborotar gritando cosas inútiles; lo más que lograban era apaciguar a la joven que estaba enloquecida.

Y entonces apareció Simón, corriendo, apartando a la gente a los dos lados. Como era un hombre valiente que quizás podría avanzar bajo una lluvia de lanzas, no más comprendió la situación se lanzó al fuego valerosamente; pero se quedó perplejo ante la ferocidad de las llamas. Ya se había sumergido en el humo, pero pronto se volteó para retroceder. Se detuvo delante del anciano y la joven, y dijo:

—Será una disposición planeada por Dios. Resígnense a su suerte. En ese momento alguien al lado del anciano gritó:

—¡Dios, ayúdame!

Era una voz familiar a su oído, y Simón volteó su cabeza para ver al que gritó. ¡Oh, qué cosa! ¡Era sin duda Lorenzo!

Su rostro bellamente adelgazado brillaba enrojecido con el relumbre del fuego y sus cabellos despeinados por el viento le llegaban hasta los hombros; pero se le identificaba a simple vista por la cara dolorosamente hermosa. Ese Lorenzo, con ropa de mendigo, clavaba su mirada en la casa en llamas, parado frente a la muchedumbre. Sólo un instante se quedó así. De pronto un soplo de viento azotó agitando horriblemente las llamas, y la figura de Lorenzo se lanzaba de un salto entre las columnas de fuego, las paredes de fuego y las vigas de fuego. Simón sudó por todo su cuerpo y se persignó con los brazos alzados hacia el cielo, rezando a gritos: "Dios, ayúdanos." Se dijo que en ese momento, nadie sabe por qué, en su memoria surgió la figura triste y hermosa de Lorenzo, erguido ante la puerta de Santa Lucía recibiendo el relumbre de la corona solar y meciéndose en el ventarrón.

Los creyentes reunidos allí, mientras se asombraban del acto valeroso de Lorenzo recordaban su excomunión. Inmediatamente un murmullo empezó a flotar en el viento entre la muchedumbre. Y decían en voz alta: "Con razón. No pueden negarse sentimientos entre hijo y padre. Es que Lorenzo se ha sentido avergonzado de su pecado y de no haber aparecido por aquí; pero ahora se metió en el

fuego para salvar la vida de su única hija.” El anciano estaba de acuerdo con este rumor; al ver a Lorenzo, quizás para tranquilizar su agitado corazón, gritaba cosas insignificantes, moviéndose inquietamente de aquí para allá.

Mientras la joven permanecía rezando con vehemencia de rodillas en el suelo, cubriéndose la cara con sus dos manos. Desde el cielo caía una lluvia de polvos de fuego. El humo barría la tierra y daba su plena cara a la muchacha. Pero ella seguía rezando locamente, su cabeza sumergida entre los hombros. Mientras tanto, la gente que se había juntado frente al fuego volvió a levantar un alboroto: era que Lorenzo, con la cabellera flotando en el viento, aparecía por entre las llamas enloquecidas como si descendiera desde el cielo con la niña entre sus brazos. En ese momento, una de las vigas quemadas se partió de repente en dos, y mientras se oía un ruido terrible, un alud de fuego mezclado con humo se levantó en medio del cielo y la figura de Lorenzo desapareció entre las erguidas columnas de fuego, bermejas como corales.

Ante esta desgracia demasiado grave, no solamente Simón y el anciano sino otros creyentes presentes se quedaron abrumados. Sobre todo la joven madre lloraba con gritos agudos y dio un salto con las piernas asomadas bajo la falda de su kimono; luego, como atacada por un rayo, se agachó en el suelo. Con razón; en las manos de la muchacha así reclinada, quién sabe desde cuándo, estaba la nena, aunque no se supiera si muerta o viva. ¡Oh, sabiduría y poder inconmensurables de Dios! ¿Con qué palabras se le podría alabar? Al ser golpeado por la viga quemada que cayó sobre él, Lorenzo había lanzado a la nena hacia allá con un último esfuerzo, con la suerte de que cayera sin herirse cerca de los pies de la madre. Así que cuando la joven madre se postró, echándose a llorar de alegría, de la boca del anciano erguido con los brazos muy levantados brotó espontáneamente una voz que adoraba la piedad de Dios. No; apenas comenzaba a brotar esa voz, por así decirlo. Porque un momento antes, Simón se echó en el huracán de fuego arremolinado para rescatar a Lorenzo. El anciano levantó una vez más la voz temblorosa de ansiosas oraciones. No sólo el anciano, sino todos los creyentes que rodeaban a la muchacha y a su padre empezaron a rezar en coro, llorando: “Señor, ayúdanos. . .” Y el hijo de la Virgen

María, Nuestro Señor Jesucristo, quien se hizo cargo de todas las penas y todas las tristezas del humano tomándolas como suyas, por fin escuchó aquella plegaria. ¡Mirad! Abrasado dolientemente, Lorenzo fue salvado del fuego y el humo por las manos de Simón.

No fue ése el único gran acontecimiento de esa noche. Cuando Lorenzo, respirando agónicamente, fue llevado por los cristianos junto a la puerta de aquella iglesia que se encontraba a barlovento y quedó allí recostado, la muchacha, que no había dejado de llorar hasta entonces abrazando a la nena contra su pecho, se arrodilló a los pies del padre cristiano, que salía de la puerta, y empezó a confesarse ante la muchedumbre:

—Esta bebé no es hija de Lorenzo. En realidad la tuve como fruto de fornicación con el hijo de un vecino gentil.

Fue una confesión de verdad impresionante. Al escuchar el tono patético de su voz temblorosa y al ver la lucidez de sus ojos llenos de lágrimas, no podía sentirse ni un rocío de mentira en su confesión. Naturalmente los creyentes que formaban la muchedumbre, con los hombros arriados quedaron sin voz, olvidándose del feroz fuego que quemaba hasta el cielo.

La muchacha, después de secar las lágrimas, siguió confesando:

—Yo, en esos días, estaba preñada de Lorenzo, pero él no me hacía caso en virtud de su firme fe. Esto provocó en mí sentimientos rencorosos y mentí diciendo que el bebé en mi vientre era de él para vengarme de la ofensa de que me hubiera tratado fríamente. Sin embargo, el alma divina de Lorenzo no aborrecía ese gran pecado cometido por mí, sino que esta noche, olvidándose del peligro en que él mismo se encontraba, salvó la vida de mi hija de las llamas infernales. Su misericordia y su disposición, de veras me parecen una reencarnación de Nuestro Señor Jesucristo. Al reflexionar sobre mis malas acciones que he cometido repetidas veces, no podría quejarme si mi propio cuerpo fuera despedazado por las garras del diablo.

En cuanto hubo terminado de decirlo todo, se echó al suelo y se agachó para llorar. Fue justamente en ese momento cuando surgió una ola de voces entre los creyentes que pululaban en círculo doble y triple, diciendo: “Es un martirio; es un martirio. . .” Valerosamente Lorenzo había degenerado hasta convertirse en un mendigo en virtud de su piedad por la

pecadora, y así había seguido las huellas de Jesucristo. Además, tanto el padre cristiano a quien había respetado como a su propio padre, como Simón a quien había querido como a su propio hermano mayor, no habían comprendido su corazón. Si eso no era un martirio, ¿cómo nombrarlo de otra manera?

Lorenzo, escuchando la confesión de la muchacha, sólo movió su cabeza dos o tres veces; parecía que ya no le quedaba fuerza para mover las manos ni los pies, ni siquiera los labios para pronunciar palabras. El anciano y Simón, apenados por la confesión, lo cuidaron sentándose de rodillas junto a su almohada. La respiración de Lorenzo se volvía cada vez más entrecortada y ya se le acercaba el último momento. Sólo sus ojos, lindos como estrellas brillaban como siempre alzados hacia el cielo. El padre cristiano había escuchado la confesión de la joven madre y luego habló con dignidad, delante de la puerta de Santa Lucía; su barba blanca flotaba en el fuerte viento nocturno.

—El que se arrepienta será feliz. ¿Para qué necesitamos castigar a una persona feliz? Esperad el último juicio con calma y de ahora en adelante no os olvidéis de las lecciones de Dios. Lorenzo, tu intento de abandonar tu propio cuerpo tal como hiciera Jesucristo es un acto virtuoso y sobresaliente entre los cristianos de este país. Especialmente, siendo un joven muchacho. . .

¡Oh, Dios! El padre que estaba hablando de repente cerró la boca y contempló la figura de Lorenzo, que estaba acostada a sus pies y parecía mirar la luz del paraíso. ¿Qué significaba su ademán solemne? Tampoco era ordinario que le temblaran las manos. ¡Oh, por sus mejillas arrugadas se deslizaban incesantes lágrimas! El anciano gritó:

— ¡Ved, Simón, ved!

Bañado todo su cuerpo con el relumbramiento del fuego, aún más rojo que la sangre de Jesucristo, el muchacho tristemente hermoso se recostaba sin voz bajo la puer-

ta de Santa Lucía; y entre su vestido chamuscado y despedazado, ¡asomaban dos senos lindos como dos perlas! Ahora su rostro abrasado no podía disimular una ternura innata. ¡Oh, Lorenzo era una mujer! ¡Lorenzo era una mujer! Ved. ¡Creyentes erguidos como una empalizada frente al fuego feroz, ved! Lorenzo, expulsado por haber cometido pecado de una lujuria siniestra, ¡era una muchacha de nuestro país con ojos puros; una muchacha igual a la hija del paraguero!

En verdad el impacto divino de ese momento era como el de la voz de Dios que descendiera del cielo lejano sin luz de estrellas. Los cristianos, alineados frente a la iglesia Santa Lucía, empezaron a arrodillarse cabizbajos alrededor de Lorenzo sin que nadie se los mandase. El único sonido audible era el resonar de las altas llamas que agitaban el cielo. Pero, no. También se escuchaba llorar a alguien; probablemente era la voz de la joven madre. O la de Simón quien se había identificado con Lorenzo como con su hermano. Luego comenzó a oírse la voz solemne y triste del padre cristiano rezando sus oraciones, con los brazos alzados por encima de Lorenzo. Terminadas las oraciones, la joven de este país llamada Lorenzo expiró tranquilamente, con una sonrisa pacífica en los labios, alzando su mirada hacia la gloria del paraíso allende de la oscuridad nocturna.

Se decía que aparte de eso, no se pudo averiguar nada más acerca de la vida de esa mujer. Sin embargo, ¿qué importa? El valor de este mundo reside en una emoción instantánea que no pueda sustituirse por ninguna otra. Contemplar cómo se levanta una ola en un cielo de angustia, comparable a un mar nocturno; cantar entre espumas acuáticas la luz de una luna aún no aparecida; un instante así, ¡vaya sí vale la pena vivir! Por eso, el que conozca el último momento de Lorenzo, ¿acaso no conoce su vida entera?

(12 de agosto de 1918)

